

Allí se reclinó, y despues de bendecir á su hijo, que de rodillas enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos, se despidió de Unima y de todos sus vasallos, que se arrodillaron tambien, y de nuevo los butios y las vírgenes entonaron fúnebres cantos.

El primer rayo de la luna recibió el último aliento de Quibiam.

Todos juraron por rey á Inhebio.

¡Pobre rey!

¡La raza de los reyes de Haiti y de Veragoa debia sufrir la misma suerte!

Miéntas Quibiam espiraba de aquel modo, inmensas, dolorosas, terribles eran las amarguras que experimentaba Colon en medio del proceloso mar.

La fatalidad queria que despues de grandes trabajos vislumbrase la realidad; que la esperanza se convirtiese en un desengaño terrible, que como un puñal envenenado se embotaba en su corazon.

CAPITULO XLIV.

Una doble Tempestad.



REUNIDOS en las carabelas los que habian escapado de la muerte, fué unánime el deseo de encaminarse á la Española para pedir allí provisiones, reparar los defectos de los buques y partir en seguida para España.

Colon les ofreció guiarlos por el camino más recto, y ne los últimos dias de Abril del año 1503 se dieron á la vela las embarcaciones.

Tomó de nuevo el rumbo del Oriente por la costa, en vez de dirigirse hácia el Norte, en donde consideraban los pilotos que se hallaba la Española, y esta determinacion del almirante les causó una gran sorpresa.

Hasta dudaron de la lealtad de su jefe, y atribuyeron aquella resolucion á su deseo de marchar directamente á España.

Las murmuraciones comenzaron á tomar cuerpo.

—Nos ha prometido llevarnos á la Española, y sin embargo no es el derrotero que sigue el que nos ha de conducir á ella. Por aquí se va á España.

—Es que quisiera volver cuanto ántes.

—Tal vez el temor de que le rechace de nuevo el gobernador Ovando le obliga á dejar á un lado la Española.

—No, pues lo que es nosotros no debemos consentir que en unos barcos tan endebles, tan averiados como estos, sin provisiones, porque con las que tenemos no podemos vivir

cuatro días, no debemos consentir, repito, que nos entregue á los azares de un viaje tan largo, expuestos á las tempestades, y lo que es peor, al hambre y la sed.

Algunos se atrevieron á hablar á los capitanes y á las personas más importantes que acompañaban á Colon; y los dos hermanos, Francisco y Diego de Porras, capitanes que hasta entónces habia distinguido el almirante, fueron los que se encargaron de manifestarle los temores que abrigaba la tripulación y los deseos que tenian todos de llegar cuanto ántes á la Española.

Colon los recibió en el lecho, del que no podia moverse por efecto de su enfermedad, y al oír sus indicaciones:

—Siento que hayais dudado un solo instante de mí, les dijo; lo que no hubiera sucedido si los pilotos hubieran estudiado la navegacion de estos mares.

—Pues ellos aseguran.... interrumpió uno de los hermanos Porras.

—Ellos son unos ignorantes, y vos, apadrinándolos, faltais á todas las consideraciones que me debeis.

Aquella fué la semilla de la insurreccion, que no tardó en estallar á bordo.

Pero no anticipemos los sucesos.

En efecto, Colon y su hermano Bartolomé consideraban de todo punto indispensable avanzar hácia el Oriente ántes de virar con direccion á la Española, para que las corrientes de aquellos mares no les condujeran más allá del puerto adonde deseaban llegar.

Pero el almirante, que en medio de sus desventuras pensaba con recelo en los viajes que, gracias á la libertad concedida por los reyes, habian emprendido algunos aventureros, y podrian emprender otros, quizás de los mismos que estaban á su lado, ocultó los motivos que le impulsaban á avanzar

hácia Oriente, para que no pudieran aprovecharse de sus secretos los que intentaban aminorar su gloria.

Su principal deseo fué que nadie pudiera volver á Veragoa sin ser guiado por él.

Como no dió explicaciones, como únicamente se limitó á calificar con alguna dureza la opinion de los pilotos, continuaron las murmuraciones.

Por la noche llegaron hasta Puerto Velo.

Allí no tuvo más remedio que abandonar una de las embarcaciones, completamente deteriorada, con lo cual todos los tripulantes de las cuatro tuvieron que amontonarse en las dos restantes, que quedaban en un estado no mucho mejor que el de la que acababan de abandonar.

El agua entraba en ellas por todas partes, y los marineros tenian que emplear todo el día y la noche en sacarla con las bombas.

Dejaron á un lado el pequeño golfo á que habia dado Colon el nombre de Retrete, algunas otras islas que el almirante, no desengañado todavía, creyó que eran las de la provincia del Mangú, en el territorio del gran Kan, descritas por Marco Polo como próximas á Catay, y avanzó algunas leguas más hasta llegar á la entrada del golfo de Darien.

Una vez allí, más que otra cosa por acallar las murmuraciones de los tripulantes, celebró una sesion con los pilotos y los capitanes.

Todos ellos convinieron en que debía renunciar á aquel derrotero, porque los vientos no eran favorables y ofrecia gran peligro el estado de las embarcaciones.

No tuvo más remedio que abandonar la costa, virando hácia el Norte; y siendo el viento de Levante, se mantuvo á barlovento todo el tiempo que pudo.

Treinta días tras currieron para aquellos infelices navegan-

tes en medio de grandes zozobras, pasando hambre y sed, y al cabo de ellos llegó á la porcion de islas situadas al Sur de Cuba, que en uno de sus viajes habia llamado Jardines de la Reina, anclando á diez leguas de tierra en uno de los cayos.

En aquellos momentos no quedaba en los buques más que una escasa cantidad de galleta, aceite y vinagre.

Los marineros tenian que trabajar sin descanso en las bombas para que los buques pudieran navegar.

Como si estas desventuras no fueran bastantes, á media noche se desencadenó una terrible tempestad.

Tan fuerte fué que el mismo Colon, esperando su fin con resignacion, decia á cada momento á su hermano y á su hijo, que no se separaban de él:

—Parece que va á acabarse el mundo.

El huracan azotó con violencia las embarcaciones, y una de ellas, la carabela *Bermuda*, perdió las anclas, y fué á chocar violentamente contra la capitana.

La proa de la una y la popa de la otra quedaron destrozadas.

Inmensos fueron los esfuerzos que tuvieron que hacer para repararlas.

En estas maniobras perdió un ancla la carabela del almirante.

La otra le libró de ir á hacerse pedazos contra las rocas.

Pocos dias despues, *abatida y descorazonada su gente*, como dice Colon en una de sus cartas, *y casi todas sus anclas perdidas, y las velas inutilizadas y hasta llenas de agujeros como un panal de miel*, llegó al Cabó de la Cruz y ancló en la costa del Sur de Cuba.

La Providencia le condujo allí, donde todos los indios se apresuraron á ofrecer á los navegantes pan de cazabe.

De lo contrario, el hambre hubiera producido los mayores estragos á bordo de aquellos tan mal parados buques.

Los vientos eran contrarios y no podian avanzar hácia la Española.

Al mismo tiempo las embarcaciones se deterioraban por momentos.

Era necesario tomar una resolucion heróica, y virar hácia la isla de la Jamáica en busca de un puerto seguro.

Despues de tantas luchas con los elementos, no pudo más el almirante y se dió por vencido.

Sus embarcaciones no podian mantenerse á flote en el mar y hasta en el mismo puerto se sumergian.

Dispuso, pues, que fueran encalladas á un tiro de ballesta de la orilla, atándolas juntas la una al lado de la otra.

Pero esto no bastó.

No tardaron en llenarse de agua, y fué necesario construir camarotes en las popas y proa para que pudieran vivir los navegantes.

En aquella débil fortaleza que habia improvisado, creyó Colon que podria resistir cualquier ataque de los indios y estorbar á su gente que se entregase á los excesos de otras veces.

Prohibió á todos que sin permiso especial saltasen á tierra.

Pero como necesitaba la amistad de los indios y sobre todo las provisiones que podian ofrecerle, sacando fuerzas de flaqueza dictó el almirante medidas salvadoras.

CAPITULO XLV.

Un hombre de corazon.

No habian olvidado los indios de la Jamáica las buenas relaciones que habian existido entre ellos y los españoles, cuando por la primera vez se acercaron éstos á sus costas.

Por consiguiente los recibieron con las mayores muestras de bondad, y aquel cacique que quiso ir con toda la gente á visitar al rey de España se apresuró á llevarles regalos y á manifestarles que aún no habia desistido de su empeño.

Conociendo el almirante que por el mal estado de sus buques tendrian que permanecer allí bastante tiempo, quiso evitar á toda costa que la codicia de los españoles que le acompañaban hiciese cambiar la conducta de los indios; y al efecto dispuso que no se recibiese nada de ellos sin pagársele con alguno de los objetos que tan poderosamente les habian auxiliado hasta entónces en sus empresas.

Para evitar reyertas en la compra y reparticion de los víveres, nombró dos personas, que todas las tardes repartian las provisiones con el mayor orden y equidad.

Al mismo tiempo no tomaban nada de manos de los indios sin remunerarlo, lo cual estableció entre ellos un comercio afectuoso.

Pero los productos de aquella parte de la isla no bastaban á cubrir las necesidades de los españoles; comenzaron á esca-

sear las provisiones, y de nuevo se apoderó el temor del ánimo de los viajeros.

Colon, que presentia todo lo que podia suceder, sufría horriblemente.

Las embarcaciones no podian servirle para navegar, y si faltaban víveres en aquella parte de la isla, les esperaba la muerte más cruel que podian imaginar.

En tan penosa situacion, el esforzado Diego Mendez se acercó al almirante y le pidió permiso para visitar con tres hombres el interior de la isla y proporcionarse los alimentos que necesitaban.

No se hubiera atrevido Cristóbal Colon á proponer semejante encargo á ninguno de los que le acompañaban, porque era una comision en extremo penosa.

Así es que agradeció la oferta de Diego Mendez, é inmediatamente puso á su disposicion una lancha para que con tres hombres se dirigiera á la isla.

Apénas desembarcaron, fueron recibidos con la mayor cordialidad por los indios.

Todos se disputaban la satisfaccion de agasajarlos, y llevado Mendez á presencia del cacique de la primera poblacion que encontró al paso, convino con él en que sus vasallos cazarian y pescarian, fabricando ademas pan de cazabe, para llevarlo, juntamente con la caza y la pesca, á los españoles que vivian á bordo de los buques.

En cambio le prometió peines, cuchillos, cuentas, cascabeles, anzuelos y otros objetos, que les entregaria por las provisiones un español que se estableceria en la ciudad.

Aceptado el trato, envió Mendez á uno de los tres soldados que le acompañaban para dar cuenta de él al almirante, y siguió con los dos internándose en la isla.

No tardó en llegar á la ciudad en donde ejercia las funciones de cacique un indio llamado Huarco.

La noticia de la llegada de los españoles habia cundido por todo aquel territorio, y no habia uno solo de sus habitantes que no se considerase dichoso yendo á regalarles.

Un pacto semejante al primero concluyó con este cacique, y con la noticia de tan fausto suceso y las provisiones que habia obtenido de él, envió á otro de los que le acompañaban.

No tardó en llegar á la presencia de otro muy poderoso, llamado Ameido, el que á su vez le colmó de atenciones, dándole ademas una magnífica canoa á cambio de una palangana de aljófar, de una sotanilla de paño y de una de las dos camisas que llevaba.

Dispuso ademas el cacique que seis indios fueran á sus órdenes para remar en la canoa y prestarle toda clase de servicios.

Satisfecho de su expedicion tornó Diego Mendez por la costa, deteniéndose en los parajes en donde habitaban los caciques con quienes habia tratado.

En todos ellos halló establecidos á los agentes españoles, y al volver adonde estaban las carabelas fué aclamado por todos.

El almirante le tendió los brazos, porque su arrojo y su lealtad habian cambiado por completo la situacion de los españoles.

Pero como era de todo punto indispensable buscar un medio para poner en movimiento los buques; como estos se hallaban en un estado lamentable, y no habia esperanza de que acudiese embarcacion alguna á reemplazarlos, opinó Colon, y con él todos los que le acompañaban, que era necesario comunicar á Ovando la situacion en que se hallaban para que les enviase inmediatamente una carabela.

Nada mas difícil que llevar á cabo este viaje.

Separaba á Colon del puerto de Santo Domingo una distancia de más de cuarenta leguas, á través de un golfo agita-

do, que no podian salvar sin dificultad más que las ligeras canoas de los indios.

El valor y la lealtad de Diego Mendez por un lado, y por otro la canoa que le habia regalado Ameido, hicieron pensar á Colon en aquel hombre heróico y considerar tan endeble barquilla como su única áncora de salvacion.

Llamando á Diego Mendez, le dijo:

—Hijo mio, ninguno de los que aquí están conoce el gran peligro de nuestra situacion, salvo nosotros dos. Somos pocos en número, y muchos los salvajes indios, y de naturaleza mudable y pronta á irritarse. A la menor provocacion pueden arrojar fuego desde la orilla, y consumirnos en nuestros camarotes de popa. El trato que con ellos habeis hecho para las provisiones, y que ahora cumplen alegres, pueden romperle mañana por capricho y rehusar traernos más víveres.

No teniendo elementos para obligarles á cumplir lo pactado, nos hallamos enteramente á Merced suya; pero he hallado un medio, y voy á comunicárosle para ver si os parece conveniente. En la canoa que habeis comprado pueden pasar algunos á la Española á procurar un bajel, con el cual nos libraríamos del gran peligro en que hemos caído. Decidme qué pensais sobre el particular.

—Bien conozco, repuso Mendez, que el peligro en que estamos es mayor de lo que puede imaginarse. Pero pasar á la Española, y en un bajel tan pequeño como una canoa, no es solo difícil, sino imposible. Ignoro quién querria aventurarse á un riesgo tan extremo.

—Y sin embargo, dijo Colon, estoy seguro de que vos lo arrostrariais por mí.

—Muchas veces he puesto mi vida en peligro de muerte, contestó Mendez, por vos y todos los que nos acompañan. Hasta ahora Dios me ha preservado milagrosamente; pero no

faltan mumuradores que aseguran que vos me confiais todas las comisiones en que puede ganarse honor, al paso que os negais á aceptar los servicios de otros que pudieran llevar á cabo semejantes empresas. Sin pensar en el peligro emprenderia el viaje que deseais; pero ántes os suplico que hagais una cosa.

—¿Cuál, amigo mio?

—Llamadlos á todos y proponedles la empresa para ver si hay alguno que quiera acometerla. Si, como creo, ninguno se atreve, yo me ofreceré á llevarla á cabo, y arriesgaré gustoso mi vida en vuestro servicio.

Colon estrechó con verdadero afecto la mano de Diego Mendez.

—Poseis el corazon más noble que he conocido en el mundo, le dijo.

Al dia siguiente reunió en torno suyo á todos los tripulantes y les hizo la proposicion.

No hubo uno solo que no dijese que solo imaginar aquel viaje era una temeridad.

Entonces se adelantó Mendez.

Señor, dijo á Colon, yo no tengo más que una vida que perder; pero la arriesgo gustoso por serviros, por el bien de todos los que están aquí presentes. Yo me encargo de ir á Santo Domingo, confiando en el amparo de Dios, que en otras muchas ocasiones no me ha abandonado.

Colon estrechó entre sus brazos á Diego Mendez, el cual inmediatamente se dispuso á cumplir lo ofrecido.

Conduciendo la canoa á tierra, la puso una quilla postiza, colocó algunas tablas en la proa y en la popa para que el agua no entrase en ellas, la dió una mano de brea, la acomodó un mástil y una vela, y la abasteció de víveres para él, un compañero español, Fortun Cuenca y seis indios.

Miéntas las operaciones se llevaban á cabo, escribió el almirante al gobernador de Santo Domingo pidiéndole con urgencia un buque para que llevase á la Española á toda su gente.

Al mismo tiempo escribió á los soberanos, y conferenció con Diego Mendez, encargándole que se embarcase en Santo Domingo para España y fuese á desempeñar los encargos que le dió.

La historia conserva algunos fragmentos de la carta que por conducto de Diego Mendez deseó hacer llegar á mano de los reyes.

Abramos un ligero paréntesis para conocerla.

CAPITULO XLVI.

Paréntesis.

En la carta que dirigia Colon á los soberanos pintaba con vivos colores la deplorable situacion en que se encontraban, los grandes trabajos que habian tenido que padecer, las esperanzas que habia realizado, temiendo que renunciar á ellas casi en el mismo momento, y les rogaba enviasen desde los puertos de España uno ó dos buques á la isla Española, para que pudieran regresar él y su gente á la Península.

Se extendia en detallados pormenores acerca del último viaje que habia emprendido, dando gran importancia al descubrimiento de Veragoa.

Alucinado siempre, expresaba la opinion de que en aquel territorio se encontraban las minas de cuyas entrañas arrancó Salomon el oro y las riquezas con que edificó su famoso templo.

Pedíales ademas con encarecimiento que no entregasen á rapaces aventureros un país que tantos tesoros albergaba, y no se nombrasen para gobernarle á hombres que no sintieran verdadero interes, al mismo tiempo que hacía las riquezas, hacía los naturales del país.

«Este no es un niño, añadía, que debe abandonarse á una madrastra. Yo nunca pienso en la Española y en Pária sin verter lágrimas. Su mal es desesperado, y ya no tiene reme-

dio; espero que por aquel ejemplo se tratará esta region de diferente modo.»

Su imaginacion se exaltaba con estos recuerdos; ponderaba la importancia de Veragoa como superior à la de todos sus descubrimientos, y resucitaba su proyecto favorito de rescatar el Santo Sepulero.

«Jerusalen, dice, y Sion deben ser reedificadas por manos de un cristiano.

«¿Quién será éste?

«Dios, por boca del profeta, lo declara en el décimocuarto salmo.

«El abad Joaquin dice que debe salir de España.»

Sus pensamientos volvian luego á la historia del Gran Kan, que habia pedido le enviasen sabios para instruirle en la fe cristiana.

Colon, imaginando que habia estado en las mismas inmediaciones de Cathy, exclama con repentino celo:

«¿Quién se ofrecerá para esta obra?

«Si nuestro Señor me permite volver á España, yo me comprometo á llevar allá su nombre, con seguridad, si Dios quiere.»

Nada caracteriza más á Colon que estas sencillas y á veces incoherentes cartas.

¡Qué prueba de noble entusiasmo y de irresistible inclinacion á las grandes empresas se revela en ellas!

Cuando se entregaba à tan dulces ilusiones y se proponia dar cima á nuevas y románticas hazañas, estaba quebrantado por la edad y las enfermedades, traspasado de dolores, en cama y encerrado en las reliquias de un naufragio, en las lejanas costas de una isla salvaje.

No puede darse más exacta pintura de su situacion que la que sigue á esta pasajera llama de entusiasmo, cuando en

una de sus rápidas transiciones despierta, por decirlo así, para mirar en torno suyo.

"Hasta ahora, dice, he llorado por otros: ¡ten misericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra!

"Estoy en mis negocios temporales sin un maravedí que dar, náufrago arrojado á las Indias, aislado en mis miserias, enfermo, temiendo que cada día será el último de mi vida y rodeado de crueles salvajes.

"En mis negocios espirituales separado de los Santos Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá mi alma si aquí se separa del cuerpo.

"¡Llore por mí quien quiera, tenga caridad, verdad y justicia!

"No vine á este viaje á ganar honor ni Estados, que ya han muerto en mi pecho semejantes esperanzas. Vine á servir á vuestras majestades con sana intencion y honesto celo, y no estoy hablando falsedades.

"Si pluguiere á Dios sacarme de aquí, humildemente pido á vuestras majestades me permitan ir á Roma á cumplir otras peregrinaciones."

CAPITULO XLVII.

Una expedicion peligrosa.

DIEGO Mendez estaba resuelto á demostrar una vez más á Colon la admiracion, el afecto y la lealtad que le profesaba.

La víspera de su partida, Fernando, que á pesar de sus pocos años conocia tambien la crítica situacion en que se hallaba el autor de sus días, quiso, imitando el ejemplo de Diego Mendez, salir poco despues que él en otra lancha, para prestarle auxilio si lo necesitaba, para llegar á Santo Domingo si la desgracia impedia realizar este viaje á Diego, y habló á su padre á fin de que le concediera licencia para llevar á cabo tan arriesgada empresa.

—No, hijo mio, no, dijo Colon á Fernando. Yo confio en que la Providencia me ayudará à realizar mis designios y que amparará à mi leal amigo Diego Mendez. Si tú partieras, la idea solo del peligro que ibas á arrostrar aumentaría lo horrible de mi situacion, y acaso me quitarías las fuerzas que necesito para salir del apurado trance en que me encuentro. Además mi corazon me dice que me veré pronto precisado á aprovecharme de tu auxilio y del de mi buen hermano Bartolomé.

—Pues yo arriesgaré mi vida gustoso, contestó el jóven, para haceros concebir la esperanza de que Mendez ó yo volveremos en breve con la embarcacion que necesitamos para

salir de este atolladero. Los peligros en mi edad no debilitan enseñan.

—Más, mucho más aprenderás al lado mio viendo mis infortunios, y no habrá nada que produzca tu satisfaccion tanto como saber que, teniéndote à mi lado, me hallo con mas valor para todo.

Fernando no insistió.

Para distraer de aquellas ideas á su padre, le habló de Diego, de Inés, de Isabel y de Antonio Villejo.

—Ya vereis, padre mio, exclamaba el jóven, ya vereis qué felicidad nos aguarda á nuestro regreso á España. Allí descansaremos de las fatigas en el seno de una familia que nos adora, que se mirará en nuestros ojos, que se complacerá en hacernos grata la vida.

—¡Pobre hijo mio! exclamó Colon. Bien se vé que la sangre de tu madre y mia corre por tus venas. Has hecho un inmenso sacrificio.

—Lo he olvidado ya; soy tan feliz á vuestro lado....

Al decirselo, la emocion hizo asomar á sus ojos algunas lágrimas.

Para que su padre no lo notara:

—En la cubierta está Mendez, le dijo; voy á pasar un rato con él.

Y en efecto, se acercó adonde estaba el valiente soldado.

—Sois nuestro salvador, le dijo Fernando.

—Si es meritorio el acto que voy á emprender, contestó Diego, el mérito no es mio, es de vuestro padre; de vuestro ilustre padre, que ha sabido inspirarme la fuerza de voluntad necesaria para arrostrar los mayores peligros, para vencer los obstáculos más formidables, y al mismo tiempo ha despertado en mi corazon un afecto inmenso hácia él, un cariño que solo goza con los sacrificios que hace en su beneficio.

—¡Ah! añadió Mendez. Si no hubiera injusticia en el mundo, no estaria el almirante en medio del Océano á merced de las tempestades, protegido por unos infelices indios, miéntras los cortesanos aduladores duermen sobre mullido lecho y pisan las ricas alfombras de los palacios. El que ha hecho lo que él merece un trono, y en vano intentarán los hombres arrebatarse la gloria que ha alcanzado. La Providencia vela por los buenos, defiende todas las causas justas, y confio en que nos sacará adelante, llevándonos primero al puerto que ponga á salvo nuestro cuerpo, y despues al que liberte nuestra alma del oleaje de las pasiones.

Era ya muy entrada la noche, hacia luna, y Diego se despidió de Fernando, se dirigió al camarote de Colon, besó su mano con la mayor reverencia, y avisando á Fortun y á los seis indios, se lanzó, impulsado por la fe, la esperanza y la caridad, à merced de las pérfidas olas en una frágil tabla.

El tiempo estaba en calma, y los indios tuvieron que remar toda la noche, porque la vela no servia de nada.

Al dia siguiente sopló viento favorable, y el ligero esquife avanzó con rapidez.

Tenia que andar más de cuarenta leguas, y los tres primeros dias no cesó de soplar el viento, favoreciendo su marcha.

Fortun era buen piloto, y en la madrugada del cuarto dia dijo á Diego:

—A Dios gracias, nos hallamos á muy corta distancia de la colonia de Santo Domingo.

El viento se calmó y fué preciso pensar de nuevo en los remos.

Anduvieron todo el dia, y á la caida de la tarde el cielo amenazaba una terrible tempestad.

No tardaron las negras nubes en inundar el horizonte.

De pronto empezó á llover con tanta fuerza, que los tripu-

lantes tuvieron que abandonar los remos para sacar del bote el agua que le inundaba.

A medida que llegaba la noche, la situación de los navegantes era más difícil.

La tempestad se desencadenó sobre ellos.

A lo lejos, en medio de la siniestra oscuridad de la noche, veían luces casi imperceptibles.

Las olas se irritaron, y la barquilla subía hasta las nubes y bajaba hasta el abismo con una celeridad espantosa.

Mendez temió no poder terminar el viaje, y en tan desesperado trance dijo á los indios y á Fortun:

—Si, como espero, tenemos que abandonar muy pronto el bote para buscar á nado la costa, que debe estar próxima, el primero que llegue á ella debe ir á la residencia del gobernador de Santo Domingo, é indicarle á dónde ha de enviar con urgencia una carabela para recoger á nuestros compañeros.

No habia terminado de hacer esta indicacion, cuando un golpe de mar azotó con tal empuje la barquilla, llenándola de agua, que ántes que los tripulantes pudieran apercibirse de ello la sumergió.

Un grito espantoso resonó en aquel momento, siendo en breve ensordecido por el horrísono estampido del trueno.

De los seis indios solo uno pudo salvarse.

Fortun Cuenca pereció tambien.

Diego y el indio que habia quedado se dirigieron á nado hácia el punto que marcaban las luces, y al amanecer, despues de haberse visto muchas veces entre las garras de la muerte, hallaron por fin tierra.

El indio cayó extenuado al llegar.

Diego Mendez estaba tambien en un estado lamentable.

Pero pensó en el almirante, en sus compañeros, y sacando fuerzas de flaqueza, preguntó á varios que salieron á la playa qué paraje era aquel.

Con gran contento suyo supo que se hallaban á muy corta distancia de las minas de Haina, y con no ménos sorpresa que aún vivia Miguel Diaz en aquel territorio al lado de su amada Catalina.

Hizo que le condujesen á su presencia, y despues de lo que habia sufrido, experimentó una inmensa alegría al hallarse próximo á Santo Domingo, y hospedado por uno de los mejores amigos que en la Española tenia Colon.

Le confió el objeto de su viaje, y aunque Diaz le dijo que Ovando no acudiría en auxilio de Colon, aquel mismo día se puso en marcha, y guiado por un indio pudo llegar hasta la colonia de Santo Domingo, donde á la sazón se hallaba Ovando gozándose en su obra.

La llegada de Mendez sorprendió al gobernador, que le recibió inmediatamente para averiguar el objeto de su viaje.

Asistamos á su entrevista.